

# Desdoblamientos ante la escritura

*Fabiola Camacho*



Estatua de Eros en Piccadilly Circus apenas visible entre la niebla de Londres en 1925.  
(Fotografía: London Express / Getty Images)

DICE RÉGIS DEBRAY QUE EL NACIMIENTO DE LA IMAGEN está desde el principio unido a la muerte; el arte tiene su raíz en el efecto que desata la degradación de nuestra naturaleza, pues es el intento de recuperar lo ausente. Durante la última década del siglo XIX y prácticamente todo el siglo XX, una serie de fenómenos políticos y económicos determinó la ruta sobre la cual se concretó la conciencia de todo un grupo de escritores que mediante el relato de su experiencia propiciaron una contienda sobre la percepción de la naturaleza humana. Los hechos bélicos y la infamia recreada *ad infinitum* por el mundo occidental condicionaron la mirada

hacia una búsqueda del ser ante situaciones límite, pero sobre todo, a la creación de un espacio donde la muerte, el amor y el flujo vital tuvieran una voz de cara al lector. La búsqueda por ese espacio se ha vuelto una tradición que invita a cuestionar los hechos e incluso a encontrar una catarsis. No somos sino seguidores de las mismas tradiciones, de los errores decantados ante esa imagen que refracta las mismas pasiones y agonías.

Con la capacidad de lograr una metamorfosis “espontánea”, el escritor ha conseguido una y otra vez desarmar las piezas para componer desde su experiencia la imagen de la humanidad. Bajo la iluminación de los clásicos, en 1840, Percy B. Shelley destacaba la condición del poeta como un ser en el cual confluyen las facetas de legislador y profeta, gracias a ambas condiciones podía contemplar el presente de manera intensa, pero también vislumbrar el futuro, puesto que “un poeta participa de lo eterno, lo infinito, y del todo como una sola entidad”. De manera consecuente, el oficio de la escritura ha podido determinar una forma de ser y estar ante nuestra circunstancia, y será el reflejo de todo aquello que queremos expandir y delimitar, la contemplación del fracaso que el progreso conjuró sobre la modernidad.

Como espejos que enarbolan y amplifican las luces del placer en los espacios de goce noctívago, la escritura no hace sino alimentarse y devolver la imagen de los curiosos, de los narcisos que desean conocerse de manera abierta ante sus propios ojos; la mirada no hace sino señalar la realidad, misma que será reinterpretada por aquel que ose ver su propia muerte. Es el lector quien decide dejarse atravesar por el ímago.

Sólo el placer permite observarnos ante la impronta de la poesía, dejarnos cautivar por ese sonido que recalca nuestra disolvencia en el tiempo. Cuatro años antes de que Virginia Woolf expresará sus inquietudes al público femenino mediante *A room of one's own*, publicó una colección de ensayos titulada *The common*

*reader*, de donde se desprende “The modern essay”, texto en el que expone una idea innovadora sobre el género del ensayo, sus autores y los lectores, devela y la crítica como un espacio posible para la discusión, así como para el placer; dicho movimiento logra el efecto de intensificar la experiencia vital en la lectura.

Mario Saavedra comprende las palabras de Woolf mediante su experiencia como creador y, valga decirlo, exquisito lector, esa comunión establecida por medio de la palabra. Desde una mirada crítica, Saavedra emprende una aventura donde la conquista se traduce en construir un puente entre la literatura y el lector común. Su *Ítaca* la constituye esa isla de personas que se verán reflejadas en la prosa y la poesía de casi una treintena de autores que han sido convocados en *Con el espejo enfrente*, ese mismo grupo convocado quizá por el propio placer, pero que en el fondo fuera de ser heterogéneo construye la poética del libro; reconocerse ante la imagen de la creación, del dolor, de la pasión redentora que sólo el hombre ante situaciones límite puede conocer.

Con una fuerza que sólo la crítica bien construida puede establecer, el autor convoca a escritores de diversas épocas y nacionalidades que no obstante comparten el rito cotidiano de la muerte y el extrañamiento ante ella. Es donde el arte entra como un simulacro, pero también como un espacio donde es posible desdoblarnos, como lo señala el autor:

Y esta idea de simulacro cotidiano de muerte ha estado presente en la literatura desde siempre, porque lo que se nos va quedando en el camino de la vida nos sugiere la idea de un dejar de ser día con día.

En cada página, el lector puede reconocer la pasión lectora que Mario Saavedra posee y, que lejos de desmarcarse de ella, nos imprime en su agudeza la necesidad de que nosotros nos desdobleemos en cada autor y obra

Mario Saavedra  
*Con el espejo enfrente*  
México, UAM  
2013, 296 pp.



donde él mismo se refracta. Coincido con Ignacio Trejo en el hecho de llamar *crítica creación* al trabajo arduo que se esculpe en cada idea, pues a pesar de condicionarse al rigor que toda obra crítica reclama, el placer condiciona esa libertad que hace posible transmitir el goce estético.

El trabajo del poeta se distingue por el sonido y la capacidad de establecer un espacio donde la llaga y la espuma gozosa condensan la inmortalidad. Ese trabajo nos guía para encontrarnos lo mismo con el hálito vital de la obra de Barba Jacob, que autoexiliarnos para comprender eso que la mayoría no ve y crear otra forma de estar con Elena Garro. Podemos coincidir con las búsquedas y pasiones de navegantes consumados como Hemingway y Lorca o simplemente comprender nuestra tradición desde la imagen de nuestros contemporáneos. Profetas todos, conocedores de un tiempo que mediante su obra entendemos es el nuestro.

Ante una cuestión vulgar pero inevitable, donde el capital ha llegado a condicionar nuestra experiencia estética, la propuesta de Saavedra nos hace pensar que nada está perdido. Cada lector que por desgracia no haya tenido la posibilidad de satisfacer de manera plena sus placeres, ni siquiera de reconocerlos, encontrará en la crítica un punto de partida ante el panorama literario muchas veces deformado por el poder de la mercancía

sobre la creación. No sólo eso, encontrará en la figura del crítico una voz que puede o no responder a sus inquietudes, pero que parte de la misma provocación, de un deseo de saberse comprendido por otros, incluso nombrado y en el último de los casos, llegar a ese lugar por la propia admiración.

La incongruencia que sostiene el Estado sobre generar una cultura lectora deviene la pérdida de los horizontes críticos, el aniquilamiento del placer lector. Mario Saavedra sigue las posibilidades que la propia Woolf presenta en su obra y crea una forma de confrontar a quienes no se han dado cuenta que toda experiencia estética nace del deseo, de una fuerza que se encuentra entre Eros y Thanatos. Seguramente si los mismos que intentan controlar la práctica de la lectura leyeran el ensayo “Inés Arredondo: Necesidad inaplazable de la escritura” comprenderían la consigna de “escribir o morir”, o como lo describe el autor, “vivir implica reconocerse, y la propia escritura confirma dicho esfuerzo o necesidad.”

De esta forma, *Con el espejo enfrente* no hace sino confrontarnos ante nuestras huellas, reconocernos en los desdoblamientos que lo mismo encarnan las voces de humanos que de perros que nos ayudan a pasar la agonía, lo mismo mujeres que hombres que, como Saavedra, demuestran que la literatura es un espejo de la vida.